EL PROBLEMA DE YOLANDA

F. J. Rivero

Image not found.

Capítulo 1

Pues bien, Yolanda vino de rebote a la oficina donde trabajo desde hace diez años. Había sacado, según me comentó (aunque es algo que no termino de creerme) el número dos en las Oposiciones para Auxiliares Administrativos de la Junta de Andalucía y aunque era de Almería ella había preferido, por algún extraño motivo que desconozco, la triste y aburrida oficina de Huelva donde yo trabajo.

Ella no era fea, ni guapa, ni atractiva. Cuando la veías por primera vez te parecía la mujer más normal del mundo, ese rostro común que uno cree haber visto antes en cualquier sitio. Por supuesto, ese concepto cambiaba en cuanto mirabas sus caderas, porque lo que sí tenía era un cuerpo de campeonato. Además -tengo que reconocerlo- vestía con estilo, de forma que el número de personas (o sea hombres) que empezaron a preguntar sobre cuestiones administrativas en mi triste oficina sin perder de vista de reojo cada uno de sus movimientos empezó a aumentar de forma alarmante.

En cuanto a nosotros, durante un mes nuestras conversaciones iniciales no pasaron del puro formalismo de un "buenos días", "¡qué frío hace!" o "¿dónde guardaste el expediente de Macías y bla, bla,...?". Así que terminé pensando que a pesar de su aspecto a primera vista detrás de aquella fachada voluptuosa en realidad se ocultaba una tía seria y aburrida.

Un día, sin más, cuando yo creía que iba a preguntarme por algún rutinario expediente, me confesó que se aburría terriblemente por las tardes, lo que me dejó un poco descolocado. Luego, casi antes de irnos, mi mujer —que no trabaja— no tuvo otra idea mejor que llamarme por teléfono para recordarme algo sobre una transacción económica que ya se me había olvidado hacer, lo que me costó, como es previsible, una bronca telefónica. Cuando estaba a punto de colgar, miré a Yolanda fijamente y le comenté.

—¡Esta tía me tiene hasta los ...!

Y, por primera vez, casi como si hubiera tenido una revelación divina y se me hubiera curado la miopía que tengo desde los doce años, me fijé en el color negro de aquellos ojos encendidos que me miraban desde la mesa en la que estaba sentada, a mi lado. Primero fueron sus ojos y luego sus labios, que parecían brillar como recién sacados de una lata de melocotón en almíbar. Luego miré su cuello y tras eso seguí bajando mi mirada hasta comprender en un instante, sorprendido por no haberme dado cuenta antes, porque los hombres se quedaban embelesadas con ella: Yolanda estaba como un tren. Llevaba un traje ceñido de color oscuro, que remarcaba soberbiamente su figura (no usaba el wondebra) y, desde

luego, no tenía el más mínimo gramo de grasa sobrante en sus caderas.

Así que esa noche, aunque hice el amor con mi mujer, era la imagen de Yolanda la que estaba allí, debajo mía. Era su cuerpo el que se retorcía sobre las sábanas, sus ojos los que brillaban y sus pechos los que yo acariciaba. Por eso, en cuanto acabé de echar aquel polvo rutinario, supe que a partir de aquel momento mi único objetivo creativo en lo que me quedara de vida laboral sería acostarme a toda costa con Yolanda.

El día siguiente fue intenso y ajetreado. Hubo que entregar un informe de no sé qué historia de subvención que hacía tiempo habían concedido al Departamento y el dichoso papel nos tuvo locos a Yolanda y a mi toda la mañana. Sin embargo, a pesar de toda aquella movida, note que Yolanda estaba radiante y una pícara sonrisa se adivinaba bajo sus labios, lo que me inquietó.

Durante varios días noté ese extraño cambio en Yolanda, que yo no comprendía y me hacía sudar. Al mirarla de reojo, observaba como se contoneaba de vez en cuando, o se desperezaba descaradamente ante mis ojos que ya no sabían dónde mirar. De vez en cuando, incluso, cuando más atareado estaba, oía un gemido que provenía de la mesa cercana, donde ella estaba sentada.

—¿Te sigues aburriendo por las tardes? —acerté a preguntar sin darme cuenta siquiera como había llegado a hacerlo.

—Ya no -respondió con una sonrisa que me dejó desconcertado (aún más).

—¿No? —pregunté —. ¿Y qué es lo que haces entonces?

Ella guardó silencio uno instantes y finalmente me miró con esos ojos negros que tenía y que podrían seguro derretir lo poco que queda del Polo Norte.

—Divertirme... -dijo sin más.

Mi mente ardía de nerviosismo y una fuerza me subía desde las uñas de los pies, rompiendo los calcetines, recorriendo luego mis piernas y haciendo vibrar todo mi cuerpo, mientras la oía hablar.

—Y además —siguió ella como para terminar la conversación— la semana pasada me compré un consolador.

Aquello terminó de ponerme a cien. Llegué a mi casa corriendo y tuve que poseer a mi mujer en cualquier sitio, procurando que mi suegra no nos viese, como en los viejos tiempos. Apenas pude dormir la siesta, a pesar de encontrarme cansado y tuve que irme a la biblioteca a leer un rato,

pero la imagen de Yolanda, masturbándose, aparecía en cada índice que ojeaba, en cada página que pasaba, en cada letra que miraba.

Salí a tomarme un café y echar cinco duros en la primera máquina de marcianitos que encontrara, a despejarme de alguna manera. Allí, en la terraza del Pub, leyendo un libro de la colección "*La Sonrisa Vertical*", estaba ella. Llevaba una falda corta y ajustada, tanto que se adivinaba el color de sus bragas debajo de la mesa. Estiraba sus piernas hasta la rigidez. Estaba concentrada en la lectura del libro, a pesar de los ruidos de los alrededores, del que no me fijé ni en el título con tal de no perder de vista ni un instante sus piernas. De vez en cuando, sonreía y se estremecía ligeramente, de la misma forma que yo la había visto hacer antes en la oficina.

—¡Vaya! No sabía que salieras por las tardes... -dijo al verme, con tono irónico-. ¿Te tomas algo?

Asentí interesado, procurando evitar mi nerviosismo, por supuesto sin conseguirlo, y pedí un descafeinado al camarero que me miró de refilón, pues me conocía a mí, a mi mujer y a mi suegra y no la conocía a ella.

—Salgo por las tardes algunas veces a la biblioteca de la plaza de tu pueblo —me explicó— a leer algo.

—¿Y está bien? -pregunté bobalicón.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡La biblioteca!

—¡Ah! Pues sí... Bueno, nunca lo había pensado... Lo normal. En fin. Ya sabes: libros, revistas, periódicos. Lo normal que suele haber en una biblioteca.

Seguimos charlando toda la tarde. Al oscurecer ella empezó a contarme cosas de sus novios y de sus Oposiciones, pero su sonrisa no dejaba de inquietarme. La verdad es que estaba muriéndome de ganas por echar(le) un polvo, o dejar que ella me lo echara a mí, que para el caso era lo mismo.

Lo cierto es que, cuando ya temía tener que cargarme la sesión de "Mis Terrores Favoritos", que era lo que ponían aquella noche en la Segunda Cadena, Yolanda me ofreció tomar una copa en su casa, para conocernos mejor. Yo era consciente de que me estaba seduciendo y, naturalmente, me dejé hacer.

Cuando llegamos a su casa lo primero que me dijo fue:

—Sé que vas a intentar meterme mano, pero debo confesarte que tengo un pequeño problema.

Aquello me dejó totalmente desconcertado. ¿Qué quería decir con eso?

¿Tendría Herpes genital, hongos, gonorrea, sífilis? ¿Era, a lo peor, un tío? No podía imaginarme aquel cuerpo majestuoso con una cosa tan horrible colgándole entre las piernas.

—¿Estás..., en fin..., no sé, enferma? ¿tienes alguna enfermedad ... venérea?

—¿Eres tonto o qué? ¡Pues claro que no!

Y yo sonreí aliviado ante tamaña confesión.

Después de tomarnos dos whiskeis y confesarnos sin más dilación nuestros más íntimos secretos, sin dudarlo un instante (se hacía tarde y empezaba el telediario) empezamos, sin dejar ni un momento de besarnos, a desnudarnos sobre el sofá. Luis Mariñas, en Tele5, la pantalla amiga, comenzaba a enumerar el sumario de esa noche y yo enumeraba, de la misma manera, los botones de la blusa de Yolanda, que no dejaba de gemir. Continué sorbiendo el jugo de su cuello y los lóbulos de sus orejas, mientras ella se contoneaba de forma que creí se iba a descoyuntar.

Subí de un empujón su falda y bajé, por fin, sus bragas. Yolanda parecía estar en el mayor de los éxtasis, y parecía también tener un orgasmo tras otro, a pesar de no haberle dado todavía el más mínimo refregón.

Nos echamos (¡por fin!) sobre el sofá y yo bajé mis pantalones sin cogerme, por suerte, ningún pellizco con la cremallera y me dispuse en sublime erección a introducirme dentro de ella. Al intentarlo sentí que tropezaba con algo duro.

Ella, sin embargo, gemía y se retorcía de placer.

Pensé que había errado la estocada y penetrado por error o por puro nerviosismo alguna hendidura del duro sofá y volví a repetir la operación, con idéntico resultado. No tardé en comprender que *algo* impedía la entrada de mi miembro. Asustado, pude comprobar como ella llegaba al orgasmo número diez.

—Ya te dije que tenía un pequeño problema -me advirtió de nuevo.

Y de pronto, como si me hubiesen echado un jarro de agua fría por encima, comprendí el porqué de sus gemidos en la oficina, el porqué de su pícara y constante sonrisilla, el porqué de su cambio repentino en la oficina. Comprendí, y fue lo peor, por qué no conseguía introducir mi dolorido miembro en aquel orificio bendito.

No podía introducirlo, sencillamente, porque ya estaba ocupado... ¡con el consolador!

Sin dejar de sonreirme, Yolanda me miró nuevamente.

—Lo siento... -comenzó a decir a modo de explicación-. Cuando me lo compré, no pude evitar ponerle esas pilas que anuncian en el televisor para los conejitos y que duran, duran, duran...

¿FIN?